

Izama eta izena (*ser y lenguaje*)

Cada pueblo, en un estado de aislamiento, o un estado de autoconfianza, tiende a considerar su medio propio de expresión, es decir, su lengua, como la manifestación misma de la realidad, y a las lenguas de los otros (en el caso poco frecuente de que sean concebidas como varias y no como una sola y la misma) como meras emanación de ruidos ininteligibles.

No por conocido es menos significativo, por ejemplo, el caso de los griegos y latinos que denominaban a todos los pueblos que quedaban fuera del limes del imperio como «barbari», «barbaroi», es decir, «pueblos balbucientes». Y sin embargo para cada uno de esos «pueblos de lenguaje balbuciente», el pretendido balbuceo está siempre en los otros.

Todo pueblo tiene, por lo menos, dos nombres: el que se otorga a sí mismo, y el que le endosan los demás. El narcisismo del primero suele contrastar con la sorna implacable del segundo. Los esquimales, por citar un solo de los múltiples casos, se llaman así mismos «innuit» es decir «los hombres (por excelencia)». La palabra «esquimal» proviene de la denominación que le aplicaban las tribus indias vecinas y significaba ¿«comedores de carne cruda»?.

En general, en toda etnia, grupo o nación, la distinción entre «nosotros» y los «extraños» es una oposición bien conocida, que en la medida que afirma el primer elemento desliza, consciente o inconscientemente un matiz despectivo hacia el segundo. (A este

Sar eta... zuaitz yantziak.
Urrats bar egin ta... adar uts.
Oroipen-txoritez zeuden
beterik: ni ikus ta, bat-batean
egoei eragin zien.

Asaba zaarren baratzza
LIZARDI